

«Yo poseo lo que se denomina el don de la escritura automática, es decir, que sometiendo mi mente á la pasividad, puedo poner la pluma sobre el papel y escribir mensajes de amigos que se hallan á distancia, estén vivos ó muertos. La persona que envía el mensaje rara vez se da cuenta de haberlo transmitido. Una señora, amiga mía, que puede escribir por mi mano desde cualquier distancia, se hallaba fuera de Londres, y había quedado en venir á almorzar conmigo si regresaba. Dos días antes quise saber si había vuelto, y poniendo mi pluma sobre el papel, se lo pregunté mentalmente. Mi mano escribió lo siguiente:

«Me ha ocurrido una cosa que me da vergüenza contársela. Salí en un vagón de segunda clase, en el que iban dos señoras y un caballero. Cuando el tren se detuvo en una estación se apearon las señoras y me quedé sola con el hombre, el cual vino á sentarse á mi lado y quiso besarme. Le rechacé, y mientras forcejéabamos le quité el paraguas y le pegué con él, pero lo rompí, y empezaba á temer que me venciera, cuando el tren acortó la marcha para entrar en la estación de Guildford».

La escribí una esquela diciéndola que deploraba lo sucedido y rogándola que me trajese el paraguas roto. A lo cual me respondió la señora: «Siento mucho que se haya enterado usted del suceso. Yo había resuelto no decir nada á nadie».

Puedo asegurar que no tenía del caso la menor idea anterior. Desde entonces y por espacio de quince años, he tenido y sigo teniendo la costumbre de recibir de mis amigos mensajes automáticos, semejantes al citado. En algunos es bastante grande la proporción de errores, mas por regla general son asombrosamente correctos. Este sistema de telepatía automática con mis amigos que todavía viven, es para mí un hecho tan positivo é indudable como la existencia de la telegrafía sin hilos, por tierra, y puede extenderse hasta los muertos, correspondiendo esta extensión á la transmisión de marconigramas á través del Atlántico.

Algunos de los mensajes que recibo no se relacionan con sucesos pasados ni presentes, sino que predicen acontecimientos que están por suceder. En uno de ellos una amiga difunta

me decía, más que como profecía como consejo amistoso, que advirtiese á otra amiga nuestra que no aceptase compromisos que no podría cumplir, pues en cierta época se hallaría á más de cinco mil kilómetros de Inglaterra. Mi amiga se rió de la advertencia, pero luego sucedió que, en efecto, hacia la época citada tuvo que marchar á América.

Hace años tuve á mi servicio una señora de mucho talento y salud robusta, pero de humor tan desigual que pensé seriamente en prescindir de ella. Entonces una amiga mía difunta que se llamaba Julia, escribió por mi mano: «Tenga paciencia con E. M. Va á venir á nuestro lado antes de fin de año». Yo me quedé sorprendido, porque nada indicaba que aquella señora que tenía á mi servicio fuera á morir. El aviso le recibí en Enero y me lo repitió en Febrero, en Marzo, en Abril, en Mayo y en Junio. En Julio E. M. se tragó inadvertidamente una tachuela que se le alojó en el apéndice y se puso gravemente enferma. Entonces recibí otro mensaje de Julia diciendo: «Se pondrá mejor, pero de todos modos morirá antes de acabar el año y será de muerte violenta». E. M. curó con gran sorpresa de los médicos. Cuatro veces más volví á recibir avisos de su próximo fin, y hasta me aseguró que tampoco fallecería de un ataque de gripe que le había dado. El día 10 de Enero del año siguiente, me escribió Julia: «Vaya usted á ver á E. M. mañana y despídase de ella. No volverá usted á verla en el mundo».

Hice lo que me indicaba, y después de hablar con E. M. pensé que Julia estaba equivocada. Dos días después recibí un telegrama notificándome que E. M., presa del delirio, se había tirado por una ventana desde un cuarto piso y se había matado.

Esto que cuento puedo probarlo con los manuscritos de los mensajes originales, y con el testimonio de mis dos secretarios, á quienes entregué sobres cerrados y fechados con las profecías, á medida que las iba recibiendo de Julia.

La suicida había escrito automáticamente por mi mano muchas veces en vida, y me tenía prometido seguir empleando el sistema después de muerta, si le era posible, para decirme cómo lo pasaba, y también me prometió que en caso de que fuera factible, se aparecería á uno ó á varios amigos. Además

dijo que vendría á dejarse fotografiar y que me enviaría un mensaje por un medium, y que á fin de que no hubiese dudas pondría como contraseña una cruz dentro de un círculo.

Las cuatro promesas las ha cumplido. Ha escrito repetidas veces con mi mano con tanta facilidad como cuando vivía. Se ha aparecido repetidas veces, ha sido fotografiada media docena de veces después de su muerte, y ninguno de esos retratos es copia de las fotografías que se hizo durante su vida terrena.

En cuanto al mensaje con la cruz y el círculo, tardó varios meses. Casi había perdido todas las esperanzas, cuando de repente un medium que estaba almorzando con un amigo mío lo recibió. Decía así: «Diga á William que no me censure por lo que he hecho. No pude evitarlo», y debajo trazó toscamente un círculo con una cruz dentro.

Una vez me rogó una amiga de la ya citada Julia, que procurase traerla un mensaje de ella, y á la mañana siguiente, antes de desayunar, mi mano escribió uno muy breve. Pedí entonces testimonio de su autenticidad al trasmisor, y seguí escribiendo: «Dígala que recuerde lo que dije últimamente cuando fuimos á ver á Minerva». Protesté, porque el mensaje era absurdo. Mi mano persistió y dijo la comunicante que su amiga la entendería. Pero tan disparatada me pareció la comunicación, que tardé algún tiempo en entregarla. Cuando lo hice, exclamó la amiga: «¿Ha escrito esto? Entonces es sin duda alguna de Julia».

—«¿Pero cómo pudo usted ir con ella á ver á Minerva?»— pregunté.

—«Minerva era el nombre que habíamos puesto á una amiga»—contestó.

*
*
*

LAS MARAVILLAS DEL CUERPO HUMANO

«Contempla el ojo, que en su fotográfica galería en un instante se apodera de la montaña y el mar. La perpetua telegrafía de los nervios que son tan sólo bisagras que jamás se gastan; esos huesos y músculos del cuerpo con catorce mil

adaptaciones; esas cien mil glándulas, esos doscientos millones de poros; ese misterioso corazón, contrayéndose cuatro mil veces en cada hora, dando paso á doscientas cincuenta libras de sangre cada sesenta segundos; los procesos químicos de la digestión; ese laboratorio que está fuera del alcance de la inteligencia de la más alta filosofía; ese horno que arde desde la cuna hasta el sepulcro; esa fábrica de vida cuyos huesos, y ruedas y manos están dirigidos por Dios; esa voz humana capaz de producir diecisiete trillones quinientos noventa y dos billones, ciento ochenta y seis millones, cuarenta y cuatro mil cuatrocientos quince sonidos. Si pudiésemos representarnos en toda su realidad las maravillas de nuestra organización física, nos haríamos hipocondríacos, temiendo, á cada movimiento, que estallase alguna pieza de nuestra máquina».

T. IN INDIA

*
* *

LAS ESFERAS DEL SER

Había en nosotros dos criaturas distintas. Según Swedenborg, el ángel sería el individuo en el cual el sér interno logra triunfar del sér externo. Si un hombre quiere obedecer á su vocación de ángel, tan pronto el pensamiento le muestra su doble existencia, ha de tender al fomento de la exquisita condición de ángel que está en él. Sí, por no tener un conocimiento traslúcido de su destino, hace predominar la acción corporal en vez de corroborar su vida intelectual. todas esas fuerzas pasan al dominio de sus sentidos externos, y el ángel muere lentamente á causa de la materialización de ambas naturalezas. En el caso contrario, si sustenta su interior con las esencias que le son propias, el alma se sobrepone á la materia y procura separarse de ella. Cuando su separación se efectúa bajo la forma que apellidamos la Muerte, el ángel, sobrado poderoso para desprenderse de su envoltura, subsiste y empieza su verdadera vida. Las individualidades infinitas que diferencian á los hombres no pueden explicarse más que por esa doble existencia; la dan á comprender y la demuestran. En efecto, la

distancia que separa á un hombre cuya inteligencia inerte lo condena á una estupidez aparente, de otro hombre á quien el ejercicio de su vista interna ha dotado de una energía cualquiera, ha de hacernos suponer que puede existir entre los ingenios y otros seres la misma distancia que separa á los ciegos de los videntes. Este pensamiento, que extiende infinitamente la creación, da en cierto modo, la llave de los cielos. Aparentemente confundidas acá abajo, las criaturas están, según la perfección de su *sér interno*, distribuidas en esferas distintas de costumbres y lenguaje diferentes entre sí. Tanto en el mundo invisible como en el mundo real, si algún habitante de las regiones inferiores llega, sin ser de ello digno, á un círculo superior, no sólo no comprende de él las costumbres y el lenguaje, pero también su presencia allí paraliza las lenguas y los corazones. Dante, en su *Divina Comedia*, quizás tuvo una leve intuición de las esferas que empiezan en los dolores y se elevan moviéndose armilarmente hasta los cielos. La doctrina de Swedenborg sería pues la obra de un espíritu lúcido que había registrado los innumerables fenómenos por los cuales los ángeles se revelan entre los hombres.

H. DE BALZAC

(Luis Lambert. Pág. 32/33 de la Traduc. Castellana).

*
* *

TU SOMBRA

No reflexionas cuando miras tu sombra?

Esa forma de tí, reptante, horrible, oscura, que ligada á tus pasos como un viviente espectro, á veces va detrás y á veces adelante, que hace alianza con la noche, su funesta hermana mayor y que protesta contra la luz con negrura y con dureza, de dónde viene? De tí, de tu carne, del limo, con que se reviste el espíritu al convertirse en demonio; de este cuerpo, que creado por tu primera falta, habiendo rechazado á Dios, se resiste á la luz; de tu materia, ay! de tu iniquidad. Esta sombra dice: Soy el ser de flaqueza; he caído ya, puedo volver á caer. El ángel deja pasar á través de sí la aurora; ningún

simulacro oscuro acompaña al cuerpo aromal. Hombre, todo lo que hace sombra, antes ha hecho el mal.

VÍCTOR HUGO

(*Las Contemplaciones*.—Vol. II, pág. 212).

*
* *

HECHICEROS DEL THIBET

«Estas gentes hacen uso de la necromancia, y por su arte infernal ejecutan los más extraordinarios y engañosos encantamientos que se hayan visto ó de que se tenga noticia. Hacen levantarse tempestades, acompañadas con resplandores de relámpagos y truenos y producen muchos otros efectos milagrosos».

MARCO POLO

(Cap. XXXVII de sus *Viajes*).

(Por lo tanto conocieron y manejaron la electricidad).

*
* *

LA CREACIÓN

Dios sólo ha creado al ser imponderable.—Lo hizo radiante, hermoso, adorable, cándido—pero imperfecto; sin lo cual, siendo igual la creatura á su creador, en la misma altura—esta perfección, perdida en el infinito—se habría mezclado y confundido con Dios,—y la creación á fuerza de claridad—hubiera entrado de nuevo en él y no hubiera existido.—La santa creación en donde el profeta sueña—para existir, oh profundidad! debía ser imperfecta.

Luego, Dios hizo el universo, el universo hizo el mal.

VÍCTOR HUGO

(*Las Contemplaciones*. V. II pág. 210-211.)

*
* *

BIBLIOGRAFÍA

Hemos tenido la satisfacción de recibir un nuevo libro, obsequiado para nuestra biblioteca por la casa editora, John

M. Watkins—21, Cecil Court, Charing Cross Road, de Londres, W. C. Intitúlase esta obra *The Perfect Way; or The Finding of Christ*, y son sus autores Anna (Bonus) Kingsford (M. D. of faculty of Paris) y Edward Maitland (B. A. Cantab). La edición es esmeradísima; contiene algunas interesantes ilustraciones y una pasta grabada, original y simbólica. Aun no tenemos idea de su texto, que indudablemente ha de ser valioso. VIRYA agradece vivamente el obsequio.

*
* *

Recibimos con perfecta regularidad las subscripciones de la magnífica revista ilustrada *The Theosophist*. Esta publicación, que cada mes aparece en un gran tomo de lectura teosófica original, fue fundada por H. P. Blavatsky y el Coronel Olcott, y la edita la actual presidente de la S. T. Mrs. Annie Besant. Recomendamos su adquisición á los amantes del adelanto.

*
* *

UN VUELO PREMATURO

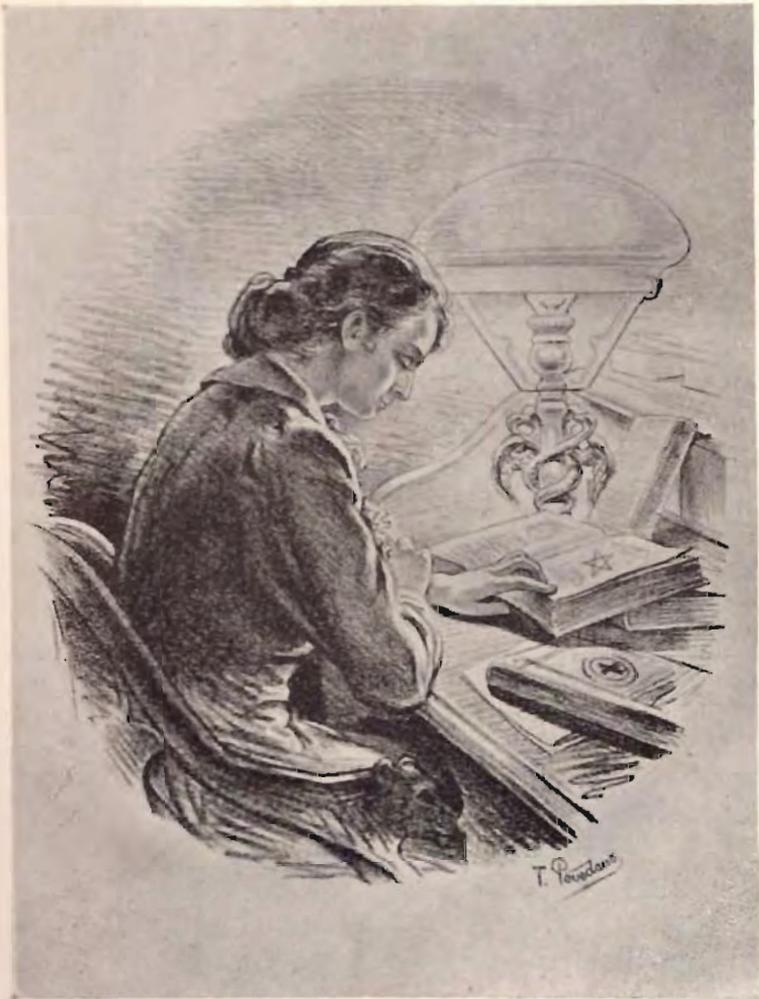
POR TOMÁS POVEDANO

A doña María de Arcos

¡Madre mía!

HACE mucho tiempo que ansío dedicarte alguno de mis escritos, y siempre la ofrenda viene pareciéndome indigna de tí. Por fin hoy me decido, á causa de que el asunto de esta obrita me fue inspirado por alguien que también te ama mucho; mi labor en ella, es la del artista que se esfuerza por dotar de forma apropiada á una idea que considera hermosa y buena. Yo sé qué acogida le prestará á mi esfuerzo tu alma delicada. ¡Ojalá su lectura, pueda siquiera mitigar los rigores de la ausencia de tus hijos, que tanto te recuerdan, y desde estas hospitalarias tierras esperan siempre tus bendiciones.

* * *



Miss Ethel

Prólogo

AHURAMAZDA dice: «Lo hermosísimo, lo puro, lo inmortal, lo brillante, todo esto es bueno. Honremos al espíritu bueno, el reino bueno, la ley buena y la buena sabiduría.» (Yasna, XXXVII). Inspirado en tan elevados ideales, con la intención de acomodar la luz de mi modesta lámpara á la resistencia visual de aquellos que no soportan por largo tiempo y sin fatiga un foco de mayor intensidad, he pretendido presentar en forma amena á la benevolencia del que leyere, algunas enseñanzas muy antiguas, que en épocas determinadas vienen ofreciéndose al mundo, y especialmente á los que suspiran amorosos por el humano adelanto. Entre estas enseñanzas existe una, que afecta imperativamente á los estudiantes entusiastas y sinceros, pero aun inexpertos, que, como en la «Voz del Silencio» nos previene el inmortal Maestro, H. P. B., *ignoran los peligros del IDDHI inferior.*»⁽¹⁾

No desconozco la prevención y resistencia conque, desgraciadamente, han de ver muchos esta obrita, en la cual solamente creerán encontrar imperando la soñadora fantasía, pretendiendo osada, imponer como reales una serie de hechos imaginarios, para mí y para muchos otros absolutamente efectivos y comprobados. Mas tal prevención, muy natural por cierto, en los que en todo tiempo vienen desentendiéndose de prestar ojos y oídos á la voz interior que nos llama á la conquista de planos superiores de existencia, no detendrá el impulso que me anima de agregar siquiera este grano de arena en favor de la grande obra, que otros con mayor competencia vienen siempre elevando en favor del adelanto humano.

TOMÁS POVEDANO

(1) La palabra *iddhi*, es el sinónimo del Sánscrito *Siddhis*, ó facultades psíquicas, los poderes anormales en el hombre. (O. c.)

UN VUELO PREMATURO

«¡Oh si pudiera
el vigor del espíritu que anima
el Verbo humano, la secreta clave
revelarme de todos los enigmas!»

FAUSTO

CAPÍTULO I

EN ESCENA

EL aire frío y penetrante de la mañana, las diáfanas oleadas de vibrante luz empujan á duras penas la densa niebla en que se envuelve la activa capital del Reino Unido. Circulan por sus calles los elegantes trasnochadores que pervierten por doquiera el orden regular de la existencia; los innúmeros viajeros que, como aves migratorias, se disponen á levantar el vuelo en dirección á todos los pueblos de la tierra; los millones de obreros que manipulan en tanta clase de industrias, ávidos de futuras redenciones; los severos é irreprochables mantenedores del orden, alguna que otra excéntrica personalidad, más ó menos soñadora é independiente, que prefiere admirar las bellezas del amanecer á la dulce molicie, tan nociva, ó bien, aquellos que, conociendo el valor, la influencia vivificante que prodigan paternales, los rayos del sol naciente, acuden solícitos á disfrutar ese don tan precioso. A esta última clase de madrugadores pertenecía, sin duda alguna, la joven elegante que, al abrigo de suaves y perfumadas pieles, y cubierto el abundoso cabello, de bronceos reflejos, por graciosa gorrita de abrigo, se hacía conducir en ligero esquife por el turbio Támesis, en cuya ondulante superficie se quebran en fantástica danza las vigorosas siluetas reflejadas por naves y murallones, y los chorros de oro líquido, de las luces que fulgurán en las lámparas y los eléctricos reverberos.

Hunde afanosamente nuestra viajera su penetrante mirada en las brumas luminosas del horizonte; el fruncimiento de sus cejas, bien dibujadas, acusa una atención tenaz, y la ancha frente, marfi-

lina y pura, enérgica y dominadora voluntad. Y en efecto, enérgica voluntad indomable, á servicio de elevados ideales, constituyen los rasgos más pronunciados del carácter de Miss Ethel Heathfield. Es tan particular la expresión de esta joven, irradia de ella una corriente tal de gracia severa, de soberana elegancia, que verdaderamente subyugan. La niebla, que se iba disipando, dejó al fin paso á un dardo luminoso, el cual, al herirle sus azules pupilas la arranca de tan obstinada abstracción.

Dirigiéndose entonces hacia su pequeño sirviente, un rapazuelo que se erguía bajo pesada librea, orgulloso de merecer la confianza de tan distinguida compañera de viaje, ordenó: volvamos, Dennis. Trasmitióle éste la consigna al esforzado marino que les conducía, el cual, haciendo palanca con un remo contra la corriente hizo virar la lancha, y marcó el rumbo en dirección al punto de partida.

Animábase en tanto el muelle como en los días festivos, porque los desocupados concurrían con anticipación al anuncio de unas regatas. Faltaban sólo algunas brazadas para tocar á tierra nuestros paseantes, cuando solicitó su atención el chapuzar inmediato de otros golpes de remo. Era que cruzaba y cortaba las aguas á popa otra lancha ocupada por jóvenes alegres, acompañados de unas cuantas muchachas no muy recatadas. Algunas de ellas jugueteaban lanzándose manotadas de agua, en tanto que otras sostenían bullicioso diálogo con sus alegres y alocados camaradas. Un concepto poco conveniente estalló de aquel grupo, entre un coro de carcajadas argentinas, y vino á herir la susceptibilidad de Miss Ethel, la cual, ligeramente sonrojada, y procurando aparecer indiferente, se decía: ¿por qué siempre que se acercan á mí estas mujeres despreocupadas he de sentir hacia ellas tan invencible repulsión, al mismo tiempo que mi alma se estremece de amorosa piedad? Quisiera confundirlas al impulso de mis miradas y al par estrecharlas amorosamente contra mí pecho. ¡Qué misterio es la vida! Y bajo la influencia de tan encontrados sentimientos arribó al desembarcadero.

—¿Señorita?—interrogó el marino cuando ella subía con ligero paso las macizas gradas de piedra;— hasta cuándo?

—Dennis le dará el aviso. Adiós, Alexander.

—Adiós señora: dijo el buen hombre, llevándose la recia mano hacia la barretina, en ademán de respetuosa complacencia.

Dennis, empaquetado en su abrigada librea, seguía á su joven señora, soplándose las puntas de los dedos, entumecidas por el frío.

Amarra su lancha el remero, hombre de unos cincuenta años, que tenía todo el aspecto de haberlos pasado, casi íntegros, en lucha con las olas; coloca en su lugar los remos; y en tanto que carga su vieja pipa y mira á sus viajeros alejarse é irse confundiendo entre la muchedumbre, que ya casi rebosa por la ancha avenida, comienza á recordar una vez más antiguos sucesos; enciende el tabaco, se sienta

en negligente actitud, pásase el dorso de la mano por los requemados labios, y columpiado por el semi-oleaje, se dice mentalmente:

—¡Lo que es el tiempo! como corre el muy bribonzuelo, cambiando de aspecto todas las cosas, hasta que da con nuestro pellejo en tierra ó en el vientre de un tiburón! Parece que fue cosa de ayer, cuando yo iba cuidando á esa señorita, entonces una linda rapazuela con cabellos de oro, por aquellos frondosos campos indianos. Ya entonces comenzaba á ser rara.

Cójeme aquella gran flor, Alexander.

—Señorita, tenga en cuenta que puede ser dañina.

—No importa: yo quiero verla, tenerla en mi mano.

—¿Y su mamá? ¿No recuerda usted sus órdenes?

—Bueno, entendido, cójala, que yo le disculparé.

—¡Ea, bien, aquí está; pero en mi mano!

—¡Que linda es, amigo mío! ¡que fragante! Y dígame Alexander, ¿quién la sembró? ¿por qué es tan grande? ¿por qué es roja y no amarilla? Mire, contésteme; pronto, pronto, diga: ¿por qué son las flores distintas? quién las hace nacer y para qué? Y de aquí... la mar con sus peces. Una filada de preguntas, ensartadas como un rosario sin fin, hasta que la niña viéndome mareado y sin saber como salir del apuro, se ponía furiosa, y golpeando con sus piececitos el suelo y enseñándome los puños en agresiva actitud, chispeándole los ojos de indignación, exclamaba: ¡Tonto y retonto que sós! ¿Vos tampoco sabéis más que los otros? ¡Ya no os quiero! Y se marchaba, ofendida como una gran señora, y mientras, yo iba creyéndome también tonto y más que tonto, y se me apretaba de angustia la garganta.

La niña, imponente como su padre, y como su madre bondadosa, aunque *no nació en Inglaterra*, era linda hasta donde no hay más allá.

Hoy era una flor el motivo de los empeños de la niña; mañana una mariposa, un pájaro, una mosca, una serpiente, un elefante, una estrella y otra y otra luego.

¿Pues y el día en que vió á aquella viejecita enferma y temblorosa, que descendía casi arrastrándose camino de su pobre vivienda?

—Alexander, ¿por qué tiembla? ¿por qué no tiene la cara como nosotros? ¿por qué no anda derecha y ligera?

—Pues, porque tiene muchos años, está enferma, es pobre.

Y ¿por qué está enferma y es pobre? Yo quiero que esté buena y que no tiemble así, sabes?

Llegaba aquí de su accionado monólogo el bueno de Alexander, cuando un curioso que hacía rato le contemplaba sonriendo, le gritó: ¡Alexander, eh, amigo! Bien se conoce que quien con locos anda...

—Si quieres poder seguir llamándome amigo, alma de cántaro, replicó el aludido, ve como hablas de las nobles personas que yo tanto amo y respeto.

—No te enojas, compañero, ni seas ingrato: dijo el bromista recién llegado, mostrándole un frasquito de ginebra que traía en un bolsillo de su capote burdo. Cuando así me cuidó de venir á darte los buenos días, me recibes con el gesto huraño de un oso polar. Tú sabes que te hablé en chanza al referirme de ese modo á tus señores, que basta que los quieras tanto, para quererlos yo también. Dicho lo cual saltó á la lancha, simuló un golpe de box contra Alexander, el cual ofreciéndole perezosamente la mano y obligándolo á sentarse, se expresó en los siguientes términos:

—Camarada, no es bien nacido el que no sabe agradecer: conven-gamos en ello. Yo acompañé como sirviente á los señores Heathfield durante su viaje de novios, por tierras lejanas, y luego á la India, cuando el señor comandaba el yacht «Aurora» de que fue propietario. Mientras residieron en aquellos países, disfrutando de la gran herencia que les legara un famoso armador, tío del patrón, nada me faltó. La buena señora atendía á mis necesidades, y hasta costeó la sepultura de mi pobre vieja, que murió durante mi ausencia; también me dejó una pensión de por vida. Tú sabes, George, que si ando á la brega con esta lancha no es porque tenga que trabajar para ganarme la existencia, sino porque sé que cuando deje el remo me muero: que el agua y la brega es al marino como el viento á las gaviotas.

Llegando aquí, le alargó George el tarrito de marras al narrador, y éste lo rechazó no sin cierta penilla mal disimulada, diciendo: camarada, yo no estoy muy conforme con tu disculpa, y aunque desde que la diste dejé de mirarte con malos ojos, la verdad, me parece que cometo un delito al aceptar una fineza de quien con tanta precipitación, de broma ó no, califica de loca á la niña más cuerda que ha nacido de madre.

—¡Y, dale, bola! ¿Sabes que estás pesado esta mañana? ¿Me consideras tan falto de juicio que no sea capaz de conocer el mérito de tu encantadora señorita? ¿No has comprendido que al nombrártela, aunque así, tan de mala manera, lo que me propuse fue hacerte hablar de ella y de su familia? ¿Acaso, se encuentran gentes tan buenas y generosas todos los días? Toma, toma, no me desprecies, y dime: ¿De dónde era la señora de Heathfield?

Alexander aceptó el obsequio á regañía dientes, pero mirando con cierto aspecto de complaciente reproche á su bondadoso camarada, y moviendo la cabeza con malicioso y amenazante ademán, dijo: La señora, griega de origen é hija de padres nobles, era lo que se llama un ángel; á su lado no había pobres. Cuando menos se pensaba me hacía cargar con un lío de ropas, y hala con ella á alguna de las viviendas de los barrios, donde había miserias ó enfermedades qué remediar; y añoja unas cuantas esterlinas aquí y otras allá, que no he visto manos tan largas en la edad que tengo; pero, ni tampoco más primorosas para hacer labores y tocar el piano. Tenía el defecto de

no profesar nuestra religión, y la pena de que su niña la inquietaba en la iglesia con preguntas á las que no siempre encontraba respuesta. ¡La muy ladina de la muchacha!... Pues, como te iba diciendo, era mi señora una bendición y Mr. Heathfield, que era un caballero respetable y silencioso, la adoraba de tal manera, que, desde que la perdió, nunca le he visto la sonrisa.

Y de qué murió? preguntó George, que parecía vivamente interesado en el relato de su amigo.

—Te diré: La señora tenía mal de patria. Los calores de la India no le sentaban bien, y así pasó algunos años, ya mejor ya peor, adelgazando y perdiendo los colores y la alegría. Oí decir (pero cuidado con hablarle á nadie de esto), que la señora se quedaba á lo mejor traspuesta, y que entonces anunciaba las cosas que tenían que pasar, y que echaba con los ángeles y con las gentes del lado de allá sus buenos ratos de palique...

—Alexander, amigo, esa sí que no cuele! Toma otro traguillo para que se te aclare la mollera. ¿Tú también crees en esas tonterías?

—Mira George, no tomo más, porque mi señorita dice que los licores le tienen vuelto el corazón y el juicio á las gentes. En cuanto á si hay ángeles ó demonios, tanto sabes tú como yo de ello. ¿Y por qué no habría de haberlos? Ese era el punto en que yo creo que no estaban muy de acuerdo tampoco mis señores. El decía que había que ver para creer, la señora que creía porque estaba viéndolos, y la niña mediaba en el pleito.

—¿Y cómo mediaba?

—Pues ella decía que lo pensaba averiguar, y que su madre era incapaz de mentir.

—No miente, pero ve visiones: agregaba el señor.

—Y ¿cómo sabe usted, señor, que son visiones? ¿Nos lo podría usted demostrar? respondió la niña.

—Qué dices tú de eso Alexander? me preguntó muy gravemente el señor, cierto día en que estaban dale que te das, conque si los hay, conque si no.

—¡Habla, hombre, habla! agregó sonriendo mi señor.

Entonces, yo, me atreví á proponer que, como pudieron ser hechos los hombres, bien pudieron hacerse los ángeles también. Y por cierto que mi amo soltó la primera carcajada que yo le oyerá, y que mi señora me dió las gracias mirándome con aquellos ojos tan grandes y tan risueños... que no se pueden olvidar.

—¿Y la niña qué dijo?

—Por el momento nada: luego, en cuanto se encontró conmigo y sin peligro de que la oyeran sus padres, se me acercó, y sigilosamente me dijo: ¡Bravo, mi buen amigo! ¡veo que usted no es tan tonto!

¡Parece que fue ayer!

—Todo eso está bien, camarada; pero con respecto á «de qué mu-

rió la señora», si no lo tomias á mal, estamos como al principio del cuento.

—Es muy cierto, amigo: Pues como te decía, ella andaba malucha, y á corre que te alcanzo para socorrer á los enfermos y necesitados, cuando apareció el cólera en la provincia de Bengala. Hubo una terrible mortandad en Calcuta, y á consecuencia, en muchas casas no quedó ni un sirviente; pues ya me tienes á Mrs. Heathfield haciendo en ellas el oficio rudo de enfermera, de día y de noche, aquí curo á uno, allí alimento, allí consuelo al de más allá, ya entrego á las autoridades estos huérfanos, ya recojo temporalmente á otros, hasta que el contagio acabó con ella también. ¡Que días tan espantosos! El risueño hogar quedó como un desierto, y el señor, poco tiempo después, reunió sus riquezas y «á tu tierra se ha dicho». La niña creció al lado de una institutriz, y de su ama de llaves; ve de tarde en tarde á su padre, que la deja gobernarse á su gusto, y le tiene señalada una renta que gasta en su mayor parte en libros y en viajes, y aquí paz y después gloria. ¿Quiéres saber algo más?

—Pues, la verdad es, que no me daría cuidado de seguir oyéndote, y así lo hiciera si pudiese disponer de más tiempo, porque lo que toca tú, tienes ropa que cortar para rato...¿No es así, mi viejo marino?

—Así es amigo. Cuando lío el hilo, tratándose de mis señores, no le veo el fin.

—Pues otro día seguiremos devanando la madeja, si viene á cuento, ¿no te parece?

—Tú lo has de ver amigo.

—Hasta entonces, y buen negocio, Alexander.

—Que lo pases bien, amigo George.

CAPÍTULO II

FIRME EN SU TEMA

En su paseo matinal, acariciada por los juguetones y frescos alisios, tuvimos la oportunidad de conocer á la linda protagonista de nuestra historia. Admiramos su exterioridad muy de paso, siendo instruídos acerca de ciertos pormenores que dibujaban las tendencias principales de su carácter y sus raras aficiones, por la charla de su viejo sirviente Alexander.

La influencia oriental, corrientes vivas de pensamiento, algo invisible que en aquellas alturas solicita la atención del ser humano sobre los grandes problemas de la vida, fueron, probablemente, los elementos que modelaron el alma, ya preparada por anteriores esfuerzos, que con tan particulares tendencias se encontraba prisionera del bien modelado estuche que respondía al nombre de Ethel.

Ahora volvemos á encontrarnos cerca de ella, en su casa de campo, antiguo palacio con honores de quinta moderna, que rodeada de parques añosos se hallaba situada en las cercanías de la metrópoli inglesa. Entre la sombra de los grandes árboles pacen tranquilos los cisnes, que allí nadie inquieta, y los cisnes navegan por los lagos artificiales, bordeados de álamos, mimbrés y espadañas.

Nuestra inglesita aprovecha el tiempo en su cuarto de estudio. Interín halla algo que le interesa encontrar entre antiguos infolios, libros raros, llenos de geroglíficos extraños, grimorios y talismanes, sentada ante su bufete, recuerda aquellos versos del divino Pitágoras, que dicen: *Todo se logra con la constancia... De los seres diferentes tú sondearás la esencia.* Examina algunos textos impresos en sánscrito, idioma que aprendiera en su precoz infancia bajo la dirección de un indio anciano y sabio, místico independiente de toda secta, que miraba á su discípula con particular predilección.

El cuarto de estudio de Ethel, era un lugar sólo accesible para Mr. Heathfield. Ella tenía, profundo, amoroso respeto por su señor padre, un verdadero gentleman, que la adoraba y satisfacía sus menores caprichos, y que llevaba como buen inglés hasta el extremo su respeto por las ideas ajenas. Después de él no había paso para nadie en aquella singular estancia, no exenta de confort y de elegancia. Para otros de sus pocos visitantes, tenía un saloncito de recibo muy coqueto.

Sólo se oye de vez en cuando el rozar de las hojas del libro que encadena ahora la voluntad de Miss Ethel, el chasquido particular que por intervalos producen las humeantes astillas, y el tic tac del péndulo de níquel que ocupa su puesto en la mesa de escritorio, y que como cuidadoso servidor parece decirle á su linda señora: «Calma, calma, querida mía; para todo ofrece el tiempo su hora; no por mucho madrugar amanece más temprano».

Flamea la fogata haciendo danzar las sombras que los muebles arrojan sobre la alfombra y los tapizados muros, coloreando con matices diversos cuanto tocan los cálidos reflejos, y en medio de todo, sobresale, alumbrada por una preciosa lámpara de escritorio, el lado izquierdo del busto inclinado de nuestra lectora, y el libro en que estudia. Esto es todo lo que vemos y entendemos.

Averigüemos lo que lee y sorprendamos lo que piensa Miss Ethel, y demos de ello rápido traslado.

Pues, medrados estaríamos si se limitara á lo dicho el resultado de nuestra curiosidad. Tenemos orden de investigar más hondo, y un compromiso de honor para con nuestros lectores. Hay que decidirse, y á ello se ha dicho:

Lee así: ¡«Querer, Osar, Poder»!... y prosigue: «Arrebatat el fuego del cielo y destronar los dioses, es el sueño eterno de Prometeo»...

Cierra el libro, se recoge en sí misma y se dice: Este sentencioso

concepto me previene que debo recelar de los afanes que aliento. Por causa semejante fue condenado Prometeo al mayor de los suplicios. Un cuervo le roía las entrañas lentamente, hora tras hora, y sin defensa posible contra él. ¿Qué quiere decir esto?

Aquí, de igual manera que en todos los grandes símbolos, se encierra un interesante enigma, talvez menos velado que otros muchos. Prometeo no ha podido ser un hombre: es la gigante expresión de un noble anhelo humano: su castigo... ¿pero, por qué ese castigo? ¿En nombre de qué principio de justicia pudo ser castigado? Si está en lo posible escalar la altura; si el fuego del cielo se halla á disposición de la osadía, del valor heroico, ¿no es razonable que el osado, el valeroso, levante su cabeza y suba y suba, hasta dar con el luminoso tesoro de la inmortalidad?

Siempre que tales ideas me asedian, me siento fluctuar en la más penosa duda: ¡la fría duda, tan desconsoladora y cruel! Me veo como la flecha en manos de un cazador inexperto. El arco tirante del deseo me empuja, me detiene la irresoluta mano del temor. Grita la dominadora voluntad: ¡avanza! y una voz imperceptible, que avasalla, ruega así: ¡detente!

Y detenida estoy, cobardemente detenida, desconociéndome, preguntándome: ¿Entonces, para qué sirve la voluntad? ¿cuándo, cuándo será la hora de Osar, de Poder?

Suena un timbre, que le produce á Miss Ethel una tremenda sacudida nerviosa, y corre hacia la puerta. A respetuosa distancia de ella, Dennis, el apuesto pajecito, anuncia: Mr. Eyrecourt.

—Dele entrada al saloncito, y que espere un momento.

Miss Ethel enciende otra lámpara contigua á un gran espejo, se contempla en él, y compone la expresión exaltada de su rostro. Pasa con arte su mano por el cabello en desorden, y sonrío. Es que se encuentra altamente bella y distinguida, tanto, que, por un momento, triunfa el sentimiento del arte sobre el de la severa filosofía; pero, sólo por un momento.

—Gracias, Sir Eyrecourt, veo que no me olvidáis.

—Miss Ethel, bien sabéis que eso es imposible.

—Bien, amigo mío: ¿Vuestros negocios?... las impresiones del viaje?... mis encargos?

—Mis negocios, tal cual. Parece que la herencia de mi madre será respetada. Con ella no tengo inquietud respecto de su porvenir, y podré realizar la anhelada excursión por el Oriente. ¿Me acompañaríais?

—No, amigo mío: Aun no es tiempo. Mi señor padre quedaría demasiado solo, y además, me oprime la idea de despertar dolorosos recuerdos.

—Esas debilidades en vos?

—Callad, Henry.

—Está bien, ordenad: Ya podéis imaginaros mis impresiones de viaje, conociéndome, tanto como conocéis á mi familia, y los hermosos caminos que á mi antiguo hogar llevan. En cuanto á vuestro encargo, os diré, que el extranjero, según su fama, hace verdaderos prodigios.

—¿Sí?, no os lo predije, Henry? Mis presentimientos me engañan pocas veces. ¿Me podéis presentar á él?

—Con mil amores. Tendré el placer de acompañaros, Ethel, y, perdonad: seré todo ojos para sorprender los artificios del famoso encantador, ya que vos, dadas vuestras aficiones, no podréis ser suficientemente imparcial para apreciar si hay ó no artificio en sus asombrosas experiencias.

—Señor pretencioso, os llevaréis el gran chasco; ya lo veréis.

—Veremos cuál de los dos.

—Sí lo veremos.

—Y hablando de otra cosa, si no os molesto: ¿habéis profundizado mucho en vuestras amadas entelequías durante mi ausencia?

—Mis entelequías, señor, son á lo que voy comprendiendo hondas y extensas, más que los mares; su profundidad es inconcebible.

Quedóse un breve rato pensativo Mr. Enry Eyrecourt, el cual, permítasenos el paréntesis, era un joven inglés, correcto, educado, de regular estatura, de noble corazón, y carácter independiente. Desde que en un *tea party* fueron presentados nuestros interlocutores, se estableció entre ellos íntima simpatía: una viva amistad, casi rayana en fraternal sentimiento. En ambos corazones palpaba la lealtad. Algo diferentes en su modo de apreciar las cosas, coincidían en lo sinceros y lo excéntricos.

—¿Qué os pasa Henry? perdonad el interés.

—Tal interés me honra, Miss Heatfiel, y no tengo porqué ocultarlo: bien quisiera que pudiéseis tener la llave de mi corazón.

—Eso, amigo mío, sería demasiado grave; figuraos que la perdiera, abstraída en mis hondas meditaciones...

—Vuestras hondas meditaciones; pues ahí está la clave del enigma; ved lo que tan seriamente me preocupa: ¿seré acreedor á conocer cuales han sido las últimas que entretuvieron vuestros afanes?

—Bien sabéis, Henry, que siempre os hago partícipe de mis dudas y aspiraciones. Cuando llegásteis, me abrumaba la contrariedad, amigo mío, de no hallar punto de conciliación entre el axioma tan repetido en las obras que tratan de magia, que dice: *Osar, Querer, Poder*, y el castigo que se le infligiera á Prometeo por haber osado, querido y podido subir á la altura, para traerse á esta mísera tierra el fuego divino. ¿No os parece por demás importante el asunto?

—Sí por cierto, Ethel; pero no os enojéis,—yo os lo ruego—si os digo que eso lo creo más propio de una cabeza llena de arrugas, blanca por el peso de los años, que de la vuestra en que aletea la primavera

Os considero como una flor temprana y bella, agostándose entre el polvo de libros viejos, en lugar de dejarse mecer por los aires vitales en el jardín, disfrutando de los dones naturales. ¿Por qué no dar tiempo al tiempo? Para volar tan alto,—perdonad,—no son suficientes los mejores deseos, las cualidades más elevadas del intelecto: se necesitan alas. Estáis en la edad en que debe el corazón dominar á la cabeza, en la edad de las bellas ilusiones; aprovechadla. ¿No habéis sentido la imperiosa llamada del mayor de los dioses, vos que tan á pleito váis tras ellos?

—¿Qué llamada es esa Henry?, interrumpió Miss Ethel, que había escuchado atentamente á su interlocutor, pálida, emocionada y sorprendida.

—La del amor, ¿qué otra pudiera ser?

—¡La del amor! De qué amor me habláis, Sir? Yo amo á mi padre, amo la ciencia, el bien, el adelanto humano, á todas las criaturas, á vos, á la Causa Suprema de todas las cosas.

—¿A mí, habéis dicho?, exclamó Henry exaltándose y poniéndose de pie como aturdido por la violencia de tan inesperada revelación.

Ethel, conmovida, se levanta también y reprimiendo su sorpresa exclama:

—Mr. Eyrecourt, así olvidáis vuestra promesa? Yo os amo á vos, he dicho, pero con un amor puro, desinteresado, fraternal. ¿Es otro, acaso, el que me habéis prometido? ¿A qué precio os doy mi absoluta confianza, Sir? Responded, responded amigo mío. Yo no quiero, no puedo renunciar al apoyo de mi buen hermano adoptivo, no, no puedo, y según veo tengo que pasar por tan intensa amargura, porque Henry, yo no me permitiría alimentar en nadie, y menos en vos, la esperanza en un afecto que mi naturaleza entera recusa... Decidme pronto, hermano querido, con la mano puesta entre las mías, para que yo perciba por ellas que sois sincero, que reiteráis vuestras promesas fraternales; juradme que sólo aspiráis á ser mi hermano.

Henry, dominado, casi sin aliento, sin saber lo que hacía, con una mano oprimiéndose el pecho y con la otra extendida sobre las de Ethel, refrenando las lágrimas que amenazaban desbordarse de sus ojos, arrepentido de su pasada debilidad, balbuceó: Lo juro!

—Gracias, gracias, Henry amigo; no recordemos más esta hora difícil y angustiada; volvamos á nuestra bendita confianza.

—Sí, volvamos, Ethel, me olvidé un momento de vuestra inflexible voluntad, y de mí mismo. ¿Queréis mañana dar un paseo por el bosque? ¿Aceptaréis un lindo alazán que me permití traer de Argelia?

—Sea como gustéis, hermano mío.

—Pues mañana, al lucir el alba, estaré con él en el parque.

—Adiós, adiós...

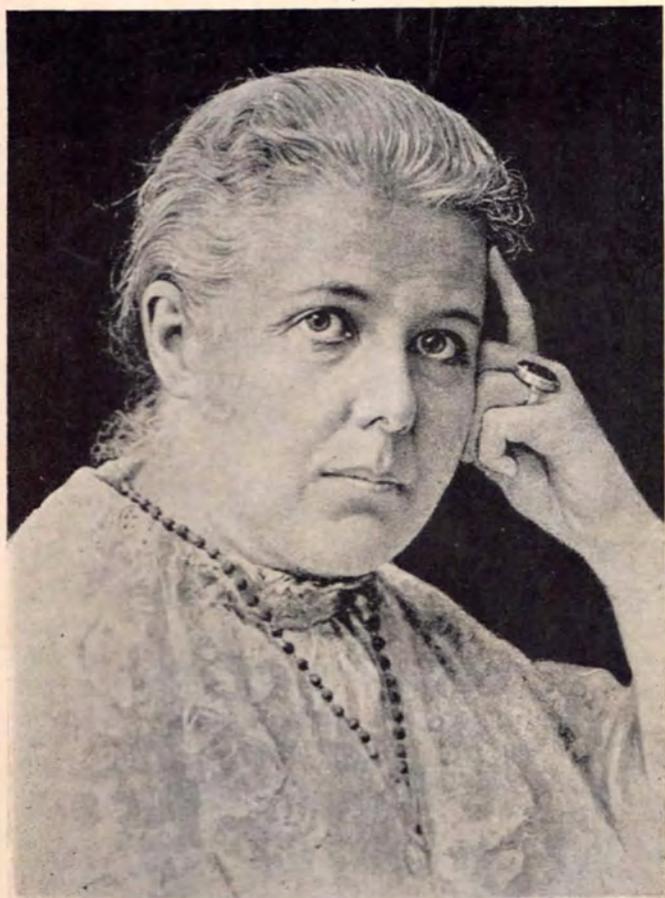
¿Por qué lloró amargamente Ethel, olvidando por aquella noche su problema de Prometeo? ¡Quién lo sabe!...

Pero una idea logró por fin enseñorearse de su pensamiento, como el águila de la empinada cumbre: fue la siguiente, que trajo consigo un mundo de soñadas esperanzas: El hombre extraordinario, á quien se me presentará muy pronto, será mi guía, mi maestro. Levantó el pesado portier que cubría una hermosa ventana, y mirando al firmamento, en el cual brillaban con vivo fulgor aquella noche las estrellas, se arrobó contemplándolas en éxtasis tal, que su belleza, más que de mujer parecía la de un ángel.

(Continuará)

Esta Revista se distribuirá gratis entre
nuestros partidarios y amigos

La Sociedad Teosófica no será responsable
de las opiniones
que emitan en esta Revista sus redactores



MRS. ANNIE BESANT,

PRESIDENTA DE LA S. T.